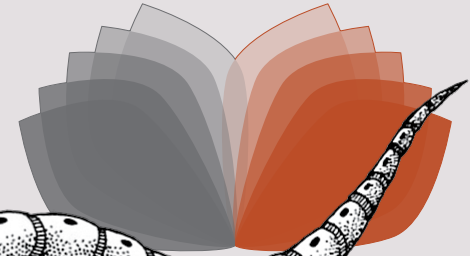




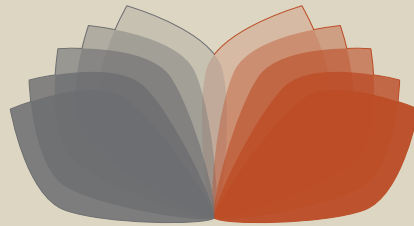
antesis

paisaje y cultura



relicto

Nº 5 - año 5
septiembre 2021
ISSN 2718-8450



Director editorial: Hernán Lugea

Realización: Ana Aymá, Hernán Lugea, Véronique Celton, Ignacio Fleurquin

Edición, diseño y armado: Véronique Celton

Colaboran en este número:

Alejandro Powter, Fernando Schapochnik, David McMillan, Ana Paula Forte, María Jimena Cruz, Juan Rafael Martínez-Galarza, Cecilia Garraffo, María Cecilia Aguirre, Gastón E. Giribet, Gustavo Ramírez, Enrique Baquero, Paola Juan Pérez, Eliana Abramoff.

Tapa: Ilustración de Mariela Benítez

Gracias a:

Juan Bernardo Ramírez, Facundo Cruz, Laboratorio de Estudios Antárticos en Ciencias Humanas (Brasil), Luis Felipe Noé, Lorena Alfonso, Natalia Revale, Matías Roth, Mariela Benítez.

Special thanks to Bil Zelman

Marketing digital: Martín Simonyan

Redes y difusión: Úrsula Moreyra

Créditos fotográficos: excepto indicaciones contrarias, las imágenes son parte del Archivo Antesis. La revista no pretende pasar por alto los derechos de autor y busca siempre pedir autorización a quienes los detentan. Pedimos disculpas por los casos en los que no los encontramos.

Derechos de reproducción: Los contenidos, textos e imágenes podrán ser reproducidos total o parcialmente con el consentimiento expreso de sus autores.

Antesis es propiedad de Hernán Lugea.
Domicilio legal: Juan Bautista Alberdi 3078, CABA (1406).

Registro DNDA en trámite.

ISSN 2718-8450

Contacto: contacto@antesis.com.ar



antesis

f. (Bot.) *Fase de expansión de una flor.*
Dícese del momento de abrirse el *capullo floral*.

Es el nombre de un tiempo. Del pasaje de un estado a otro. Casi podría funcionar como la cuarta idea de la dialéctica de F. Hegel, una última fase de esa tríada acuñada originariamente por J. Fichte, que describe la realidad como un proceso circular en tres momentos: tesis, antítesis, síntesis. Y, ahora, antesis.

Si el primer momento es la tesis, *el estar en sí*, la identidad que aparece siempre sin lograr su totalidad, la afirmación que lógicamente es incompleta; el segundo, la antítesis, es la contradicción que niega al anterior, el ser que se sale de sí, se aliena, se objetiva y se convierte en *ser para sí*. Y el tercero deviene del *ser en y para sí*, que en un acto de superación, de síntesis, logra una totalidad real. El cuarto momento podría ser, entonces, una nueva apertura que garantice este movimiento ilimitado del ser de las cosas. Pero *antesis* no pertenece a la familia de las palabras que viven en el mundo de la filosofía. La usaron los franceses, según se sabe, por primera vez, en 1801: *anthèse*. Viene del griego y reúne dos valores: el de flor y el de acción. Es, precisamente, la flor en acción o la acción de la flor. La florescencia o floración, o, podríamos inventar, la *floración*. El acto de florecer. La antesis es la apertura, en el tiempo mismo en el que sucede. Es el instante en el que se torna visible lo que no se veía, en el que se vuelve existencia lo que hasta entonces no era más que pura posibilidad. Es un intento por detener en un nombre el proceso en el que el ser flor comienza a ser flor, y esto es, también, necesariamente, cuando empieza a dejar de serlo, lanzado en su camino hacia ser fruto. Es, de algún modo, una contradicción. Pero, como dijo Hegel, "sin contradicción no hay mañana".

contenido



- 4 Este número: Un extraño en el mosaico, Hernán Lugea
- 8 Filosofía: Ruinas. La fragilidad del tiempo, Alejandro Powter
- 21 6 m³: morfología del volquete, Fernando Schapochnik
- 24 Ventanas al pasado, Hernán Lugea
- 30 Dossier fotográfico: David McMillan, The Chernobyl Exclusion Zone

Lecturas: Ser o no ser ajolote. 40
Una re-re-relectura de Julio Cortázar, Véronique Celton

El hielo que se va, las geoformas que nos quedan, Ana Paula Forte 46

Lugares: El Chaltén. Núcleo duro, una incursión por los orígenes, Ana Aymá 64

Buscando relictos en el fin del mundo, 73
María Jimena Cruz





- 96 **Mirar el cielo viendo el origen,** Juan Rafael Martínez-Galarza, Cecilia Garraffo, María Cecilia Aguirre, Gastón E. Giribet



- 108 **Entrevista: Luis Felipe Noé, "Pensando el caos, eso que estaba desde antes",** Hernán Lugea, Ana Aymá



- 125 **Resistir la entropía,** Gustavo Ramírez



- 130 **Retazos del olvido. Fragmentación, corredores y movilidad de la fauna,** Enrique Baquero

- Recuerdos de otra era,** 142
Paola Juan Pérez



- Epecuén arquetípico,** 157
Eliana Abramoff



- Hashtag140 y ké + da. ¿Será el habla vestigio de sí mismo?** 166
Véronique Celton



- Pantallas: Lo que sobrevive: esa presencia insistente en el cine de Werner Herzog,** 172
Ana Aymá



- Información** 176

Buscando relictos en el fin del mundo

Dentro del espectro de las ciencias sociales, la definición más próxima de la noción de “relicto” es aquella desarrollada por la Unesco, que entiende a un paisaje cultural relicto como un territorio que no está necesariamente integrado a la dinámica social generada por las poblaciones actuales, en los términos de la funcionalidad para la cual fue diseñado originalmente, pero cuyas características materiales son aún identificables. A lo que remite el concepto en sí, independientemente del área, es la idea de un pasado que sobrevive a través de una materialidad específica.

Las cuestiones de “pasado” y de “materialidad” son las que quiero tomar como punto de partida para introducir una ciencia directamente tocada por ambas: la arqueología, que es la disciplina de las cosas y que estudia la sociedad y su pasado a partir de ellas. Aunque el relicto sea su materia prima, la arqueología no se interesa en él solamente por representar una reminiscencia del pasado, sino por su capacidad de conectar ese pasado a nuestro presente, de interferir e intervenir en la vida de las personas actuales a través de su materialidad. Partiendo de esa multitemporalidad, los arqueólogos

*María Jimena Cruz**

* Arqueóloga, investigadora e integrante del Laboratorio de Estudios Antárticos en Ciencias Humanas (Universidad Federal de Minas Gerais, Brasil), dirigido por el Dr. Andrés Zarankin.

Fotos propias de la autora y de otros miembros del Laboratorio. Derechos reservados. Con amable autorización para este número de *Antesis*.

buscan generar puentes e integrar esos vestigios con el presente, vincularlos con problemas y cuestiones que nos afectan. Se podría decir que la arqueología es una disciplina hecha en el presente, que genera interpretaciones del pasado para entender nuestro ahora. Al hacerlo, generamos reflexiones críticas que ayudan a construir diversidad y formas diferentes de pensar nuestra realidad.

Mi idea es ilustrar este potencial de los relictos para discutir las formas en que entendemos las relaciones que establecemos con el mundo que nos rodea. Para ello, propongo alejarnos de la idea de paisaje planteada anteriormente y pensar en los paisajes como relictos de los vínculos que la humanidad ha tejido con ellos en el tiempo.

Retomando la cuestión del relicto como una materialidad que hace presente un pasado, ¿qué implicaría esa materialidad? Si bien existen diversas formas de entenderla, en nuestro caso, como integrantes de la llamada sociedad



occidental, elaboraríamos la siguiente respuesta: la materialidad es algo concreto, que existe objetivamente, es preexistente a los humanos y se manifiesta independientemente de ellos (Thomas, 2006; Tilley, 2004). Podemos observar que esta definición está basada en una de las dicotomías modernas por excelencia, es decir, la separación entre sujetos (nosotros) y objetos. Esto resulta en la idea de que la materialidad es algo pasivo sobre lo cual las personas imprimen su huella en el día a día.

Algunos enfoques que buscan superar esa dicotomía proponen enfatizar la asociación entre sujetos y objetos, pues ambos son parte de un *continuum* y, por lo tanto, elementos constituyentes de una relación (Jones, 2007; Miller, 2010; Pellini, 2018). Colocar el foco en el vínculo permite entender a las personas y las “cosas” como agentes, partes actuantes y activas. Si la materialidad se entiende de esta forma, podríamos decir que trasciende los objetos, pues ese vínculo se da entre cosas y también

entre espacios, edificios, es decir, aquello que posee la capacidad de interactuar con los seres humanos. Así, no habría inconveniente en decir que entre las materialidades variadas con las cuales nos vinculamos cotidianamente están los paisajes.

Sobre paisajes y humanos

Al ser parte de la sociedad occidental y moderna, entendemos el mundo desde la perspectiva del ocularcentrismo, cuyo fundamento descansa en dos ideas principales. Por un lado, la visión está vinculada con el pensamiento consciente y racional, es decir, con la mente y la razón, consideradas por la modernidad como única forma de entender el mundo. Por el otro, esta preponderancia e importancia de la razón trae aparejada la idea del cuerpo como algo separado e inferior a ella, es decir, una fuente poco confiable de conocimiento. Estas ideas tienen implicancias en la forma en que se



piensa la dimensión espacial de la existencia. La relación con los espacios se define a partir de un distanciamiento y de la identificación de características objetivas que trascienden la persona (Gosden, 1999) (cualquier semejanza con la idea de materialidad discutida antes no es mera coincidencia). Los paisajes, como parte de esa espacialidad, no son excepción y se busca ordenarlos a partir de un conjunto de referencias abstractas como coordenadas, puntos en un mapa, clasificaciones geográficas y atribución de nombres (Zarankin et al. 2011; Salerno y Zarankin 2014; Zarankin y Salerno 2016). Esto acaba transformándolos en espacios pasivos, simples escenarios, principalmente conocidos a través de la visión de un sujeto (individuo) activo (Salerno, 2011, 2015; Salerno y Zarankin, 2014; Zarankin, 2014, 2015; Zarankin y Salerno, 2016; Zarankin y Senatore, 2013). Entonces, ¿cómo entenderlos como una materialidad en la forma en que la expliqué anteriormente?

Se podría considerar que el conocimiento se construye no solo a través de la visión, sino también a partir de una relación activa de las personas con el mundo, basada en la acción de estas en un lugar al verlo, escucharlo, sentirlo (Joyce, 2005; Salerno, 2011; Gallagher y Zahavi, 2008; Fowler, 2003; Merleau-Ponty, 1993 [1945]). Siguiendo esta línea de pensamiento se puede enfatizar en que los paisajes son contruidos desde las experiencias producidas en el vínculo entre las personas y la materialidad del paisaje (Gosden, 1999; Ingold, 2000). Partir de esta conexión permite dejar de considerar a los paisajes como algo pasivo y estático, como objeto sujeto a nuestra contemplación, y pasar a entenderlos como un actor cuya existencia impacta de diversas formas en las personas con las que interactúa.

En este contexto relacional, los seres humanos comienzan a ser pensados junto con el paisaje, habitándolo, viviéndolo y estando involucrados en un espacio en el cual no están solamente





inscribiendo sus historias en su superficie, sino que las entrelazan con los ciclos de vida de plantas, animales y todos los agentes y materialidades que lo conforman (Ingold, 2000). Esto significa que los paisajes están siempre en proceso de construcción, son dinámicos y representan una sucesión de historias superpuestas a lo largo del tiempo (Potteiger y Purinton, 1998, en Zarankin *et al.*, 2011). En ellas, las personas se insertan y se relacionan con esos paisajes a partir de actividades cotidianas e interacciones con su materialidad.

Volvamos al relicto. Podemos decir que ese pasado al cual remite no sería de eventos en sí, sino de encuentros entre las personas y el mundo (Zarankin y Salerno, 2016). Se vuelve coherente la propuesta de pensar en los paisajes como un relicto de vínculos, de una construcción mutua entre la humanidad y estos espacios. Me gustaría pensar un caso concreto en el que, al comienzo, este nexo parece ser casi inexistente: la Antártida.

Llegando a la Antártida

La Antártida fue uno de los últimos espacios de la Tierra a ser pisados por el ser humano y, a diferencia de los otros continentes, no posee una población nativa, permanente o con costumbres y folclore propios (Leane, 2012; Zarankin y Salerno, 2016). Esto tornaría difícil pensar la Antártida de la manera propuesta pues, básicamente, estarían faltando las personas... ¿Realmente estarían?

Contrariamente a lo que se supone, aunque la interacción entre los humanos y el continente blanco no tenga una extendida profundidad temporal, ese vínculo ha sido complejo y heterogéneo, y existió aun antes de que este fuera descubierto o visto por primera vez. Ya en el mundo griego se imaginaba que la masa territorial del hemisferio norte debía estar balanceada por una similar en el hemisferio sur. Entre fines del siglo XVII e inicios del XIX se produciría el encuentro físico entre el continente y





la humanidad (según lo documentado), como consecuencia de actividades relacionadas con la industria de explotación de pieles de lobos y elefantes marinos. Este primer contacto se produjo, no en un marco de descubrimiento sino de explotación y reconocimiento geográfico. Años más tarde, el escaso conocimiento de la Antártida, sumado al contexto expansionista europeo, hizo que este continente se tornase el blanco de exploradores y aventureros. Es a inicios del siglo XX cuando comienza la “era heroica”, cuyo auge se da con la carrera al polo sur, en la que exploradores de varios países buscan llegar al punto más austral y pisar donde ningún ser humano había estado antes. Los anhelos de conquista territorial de estos hombres, respaldados por los discursos nacionalistas, dieron paso al deseo de los países de incluir este espacio dentro de sus fronteras. Así, la Antártida pasó a ser foco de disputas territoriales y reclamos basados en el descubrimiento, la conquista o el asentamiento (Glasberg,

2012). Estas reivindicaciones culminan en la década de 1950 con la firma del Tratado Antártico, que apacigua las disputas entre los países reclamantes.

La humanidad y la Antártida establecieron diferentes vínculos a lo largo del tiempo, que suele minimizarse cuando se cuenta su historia, haciendo que se entienda a las personas y a los espacios como cosas separadas. El resultado es que se acaba reforzando la distinción entre sujetos activos y un espacio abstracto entendido como un tipo de contenedor que espera ser ocupado por las personas (Salerno y Zarankin, 2014; Zarankin y Salerno, 2016). Esta negación de encuentros refuerza, a su vez, una visión monolítica de este lugar, inicialmente percibido desde lo visual como un espacio objetivo, predeterminado y vacío; un mero escenario de acciones realizadas sobre él, y no con él, en donde las personas no viven, por lo que no lo afectan. No es casualidad que la imagen que tenemos hoy de la Antártida sea la del “último

lugar del mundo”, lejano, un espacio virgen. ¿Cómo pensar formas alternativas de entender a la Antártida que traigan esos vínculos silenciados? Para empezar, reconociendo que el continente antártico es mucho más complejo de lo que se piensa y debe ser entendido desde perspectivas diversas (Leane, 2012). Una de ellas es la mirada arqueológica, que nos permite acercarnos y enfocarnos en la interacción de las personas con el continente, no desde afuera, sino junto con la Antártida. De hecho, los arqueólogos que trabajan desde estas perspectivas ofrecen narrativas diferentes acerca de la Antártida desde hace algunos años¹ (Zarankin, Salerno y Howkins, 2018). Volvamos a la cuestión de relicto y su materialidad. El paisaje antártico puede ser visto,

a partir de esta óptica, como no preexistente, construido en la relación con la humanidad. A su vez, el relicto no cuenta una historia secuencial de vínculos; por el contrario, este vestigio posee la capacidad de materializar una multitemporalidad que cuestiona la idea de un tiempo lineal. La duración del tiempo no es una sucesión de instantes, sino un proceso continuo donde pasado, presente y futuro están interconectados y se influyen mutuamente. Reconocer esa multitemporalidad nos ayuda a entender el presente antártico y cómo lo concebimos, problematizando la visión de una “Antártida única” para pasar a percibirla como una suma de encuentros establecidos a lo largo de su historia por los diferentes grupos que allí estuvieron.

¹ El proyecto de *Arqueología Histórica Antártica* (www.leach.ufmg.br), realizado en la Universidad Federal de Minas Gerais (Brasil) y dirigido por el Dr. Andrés Zarankin, ha abierto líneas de investigación desde perspectivas que abordan cuerpo, experiencias y percepciones, tanto de los primeros grupos humanos en habitar temporalmente la Antártida como de los propios investigadores, para entender los encuentros humanos con el continente y discutir cómo se construyen estas relaciones (Hissa, 2011; Salerno, 2011, 2015; Salerno y Zarankin, 2014; Zarankin, 2014, 2015; Zarankin y Salerno, 2016; Zarankin y Senatore, 2013; Zarankin *et al.*, 2011a; Zarankin y Cruz, 2017; Zarankin, Salerno y Howkins, 2018). También resulta importante mencionar el interesante aporte realizado por la Dra. Senatore (2020), quien desarrolla una reflexión sobre la relación entre cosas y humanos en la Antártida a lo largo de la historia.



En 2012, la fotógrafa Adriana Lestido viajó al continente antártico con la idea de encontrarse con el blanco absoluto. Diversas vicisitudes hicieron que su periplo culminara en la base de la cercana isla Decepción. Al ser esta una isla volcánica, donde el calor del piso hace que la nieve se derrita rápidamente, el blanco absoluto no se hizo presente. Haciendo de igual modo honor al lugar, Adriana reflexionó desde ese sentimiento sobre esta búsqueda y otras posibilidades de aprehender la Antártida. A partir de su experiencia, creó una forma de concebirla finalmente plasmada en su trabajo “Antártida Negra”, que registra estas otras caras del continente surgidas de los encuentros.

Esta anécdota sirve como puntapié para presentar a la Antártida en su condición de relictos de vínculos, ver en qué consistieron y pensarla desde ellos. Para esto, deseo traer dos de estos vínculos. En primer lugar discutiré la relación que se estableció entre la humanidad y la Antártida en el siglo XIX a partir





de la explotación de recursos de mamíferos marinos. En segundo lugar, exploraré el nexo que se instaura a partir de las investigaciones científicas allí llevadas a cabo.

Antártida no hay una sola. Entre el capitalismo y la ciencia

A mediados del siglo XIX surgió un mercado mundial basado en la explotación de pieles y aceite extraído de mamíferos marinos que abarcó el océano Índico, Sudáfrica, el sur de la Patagonia (Tierra del Fuego y estrecho de Magallanes), islas del Atlántico sur (Malvinas y Georgia del Sur) e islas subantárticas (Kerguelen, Heard, Shetland del Sur, entre otras). Es importante notar que dicho mercado no se restringió a estas áreas, pues también involucró otros actores: los países explotadores (generalmente representados por Inglaterra o Estados Unidos) y los recibidores (que compraban las materias primas, China al comienzo, Nueva





York y Londres, luego) (Pearson, 2016). Las materias primas buscadas eran las pieles de lobos marinos, para confeccionar mercancías que iban desde tapados y sombreros hasta maletas, y también el aceite, extraído de la grasa de elefante marino y vendido en el mercado inglés como lubricante de máquinas o suavizante de la industria textil (Pearson, 2016).

La dinámica de esta industria se basaba en un aprovechamiento máximo de esos animales, haciendo que el descubrimiento de nuevos cotos de caza, en pos de mayores ganancias por unidad de tiempo invertida, fuera una de sus

necesidades primarias (Richards, 2003). En este contexto, la Antártida, más específicamente las islas Shetland del Sur, representó un nuevo territorio para explotar, donde abundaban los pinnípedos y escaseaba inicialmente la competencia de otros loberos (Pearson, 2016). El periodo más activo de explotación se desplegó entre 1820 y 1825 (Berguño, 1993; Senatore y Zarankin, 1999), seguido de otros dos, a finales del siglo XIX (Martinic, 1987; O'Gorman, 1963).

La Antártida, pues, fijó el momento en que se edificaron campamentos de duración variable

y de construcción improvisada y precaria. Entre las consecuencias materiales de este vínculo entre humanos y Antártida se incluye la casi extinción total de los grupos de mamíferos marinos que moraban en las playas. Es interesante esta nueva configuración del paisaje antártico, considerando que la industria lobera se desarrolló en un contexto histórico específico, el surgimiento de un nuevo sistema productivo y socioeconómico: el capitalismo (Zarankin y Senatore, 2002). Esto significó, entre otras cosas, la aparición de una nueva lógica y modificaciones en las relaciones interpersonales, sociales, con la naturaleza y con el trabajo (Leone, 1984). La industria lobera fue parte de ese proceso, no solo presentando trazos de ese nuevo sistema en su dinámica y sus características, sino también en su forma de expandirse.² Pensar en los paisajes resultantes de dicha in-

dustria ofrece la posibilidad de reconocer los vínculos que los operarios (personas totalmente silenciadas de la historiografía antártica) establecieron con este lugar (Salerno, 2011, 2015; Salerno y Zarankin, 2014; Zarankin, 2014, 2015; Zarankin y Salerno, 2016; Zarankin y Senatore, 2013). Al edificar sus campamentos, ellos formaron esa conexión a través de sus experiencias junto y no sobre la Antártida. Esto fue posible gracias a esta construcción mutua entre personas y materialidad que se dio por medio del desarrollo de actividades cotidianas y del hecho de estar allí. También permite conectar la Antártida con el contexto más amplio del capitalismo emergente. Esto no es algo menor, si se considera que durante décadas la visión tradicional de la Antártida fue la de un lugar periférico y marginal, el “fin del mundo”. En realidad, este tipo de contactos

² Desde un enfoque arqueológico, el proyecto *Arqueología Histórica Antártica* investiga la incorporación de la Antártida al sistema de producción capitalista a partir del estudio de las primeras ocupaciones humanas realizadas por estos grupos loberos en el siglo XIX (Senatore y Zarankin, 1999, 2000; Senatore *et al.*, 2008; Zarankin y Senatore, 1996, 2005, 2007).



demuestran que es innegable el papel de la región en los cambios que estaban aconteciendo a nivel mundial fruto de la expansión capitalista. Así, la Antártida, siendo parte activa de una red global, se entiende como un espacio de conexión y de contacto, en vez de como un territorio aislado (Zarankin y Senatore, 2007, Senatore *et al.*, 2008).

Un siglo después, la relación entre la humanidad y la Antártida se modificó radicalmente. Si antes este vínculo se caracterizaba por una explotación enmarcada en una nueva lógica de mercado y un sistema mundial en desarrollo, ahora se construye a partir de un discurso científico y del conocimiento. Hoy, la investigación científica es el principal medio de los estados nación para frecuentar la región austral, en el marco de protección y preservación propuesto por el Tratado Antártico firmado en 1959 a partir del cual se establece a la región como zona internacional de conservación ambiental, paz y cooperación científica. Me interesa profundi-

zar este nexo entre ciencia y Antártida pues se encuentra atravesado por otras cuestiones que también acaban influenciándolo.

Es necesario pensar que bajo este nuevo paradigma surgen, a mediados de la década de 1940, las primeras estaciones antárticas construidas por los países posteriormente signatarios del tratado (Resende de Assis, 2019). La instalación de estaciones e infraestructura necesarias para llevar a cabo la compleja logística que hace posible la ciencia antártica genera nuevos paisajes que incluyen construcciones, embarcaciones, campamentos, pistas de aterrizaje, entre otros aspectos. Asimismo, este vínculo involucra, además de los científicos, a profesionales como los militares, operarios, ingenieros, técnicos y alpinistas, entre otros. Esta materialidad resultante cobra forma, tanto a partir de las tecnologías disponibles y las posibilidades de cada país como de los intereses y el momento histórico específico.

Además, diferentes disciplinas científicas se

encuentran trabajando allí y, aunque cada una implique una asociación determinada, todas involucran una experiencia sensorial profunda a partir de la cual se desarrolla un conocimiento específico sobre la Antártida, que nace allí, la construye en cuanto dato, la traduce a un lenguaje a la vez que configura su materialidad (Resende de Assis, 2019). Esto es importante para pensar otras cuestiones que atraviesan el vínculo entre ciencia y Antártida, pues sabemos que la ciencia no es objetiva y neutra. Como consecuencia, la materialidad científica (aquella de las estaciones, embarcaciones, etc.) tampoco lo es y su configuración responde tanto a la labor exclusivamente investigativa como a otros aspectos.

El hecho de que la ciencia antártica no es ajena a los contextos y preocupaciones sociopolíticas de cada época se evidencia en los modos de pensar y entender las formas de lidiar con la materialidad producida por las tareas de investigación. Por cuanto se considera a la Antárti-

da como un lugar a ser preservado, la mayor causa de su modificación es la actividad científica. A modo de ejemplo, el tratamiento de los residuos no estaba antiguamente regulado y los restos generados en las bases solían ser incinerados o apilados en los bordes de hielos oceánicos donde acabarían hundiéndose en las profundidades marítimas (Syed, 2021). A partir del Tratado de Madrid firmado en 1991, esta situación cambia y se establece a la Antártida como un espacio que debe ser preservado, prohibiéndose la explotación mineral, priorizando el manejo de residuos al planificar su remoción del continente, entre otras medidas. Sin embargo, dicha reglamentación no se expresa respecto de edificios y bases abandonados o en desuso, aun cuando implican un peligro ambiental (Syed, 2021). Esto último se relaciona con otro aspecto del vínculo entre ciencia y Antártida. El contexto científico coloca a la Antártida en una unión con los países signatarios del Tratado Antártico y sus intere-



ses geopolíticos. En muchos casos, la reluctancia de retirar algunos de estos restos no se relaciona tanto con los costos y las dificultades logísticas como con lo que esto implica, ya que representa los trazos de ocupación de un país determinado en un espacio supuesto vacío. Si la estrategia geopolítica de los países es estar presentes en el territorio antártico, los restos materiales de la labor científica son en cierta forma un elemento clave (Syed, 2021). No es casualidad que algunas de estas estructuras sean declaradas monumentos o sitios históricos antárticos. Una ironía se hace evidente. Mientras los discursos científicos abogan por una preservación del ambiente, los intereses geopolíticos terminan priorizando la presencia antes que el bienestar ambiental. Estos restos y residuos desafían la visión científica que busca minimizar los impactos humanos y demuestran que la materialidad, aun la relacionada con la ciencia, nunca es neutra.

Relictos como formas de repensarnos

El relikto se mueve en diferentes planos. Su materialidad se entrelaza con la nuestra, abarcando un tiempo que trasciende nuestras temporalidades y donde pasado y presente se desdibujan. Mi idea fue generar algunas reflexiones sobre cómo estos relictos pueden ayudarnos a repensar y problematizar las formas en que entendemos el mundo. Partí entonces de un lugar aparentemente deshabitado y prístino, la Antártida, y busqué deconstruirla enfocándola no como un espacio objetivo sino en base a un vínculo con la humanidad, que toma forma en una configuración material y espacial específica. Paisajes relictos de explotación, como los de los loberos, y paisajes relictos de ciencia e intereses geopolíticos, como los de los científicos.

Pero el relikto no es estático, cambia con el tiempo y de acuerdo con las diversas conexio-

nes que se establecen. Ellos tampoco narran una historia lineal pues son la superposición de encuentros. La Antártida es la suma de estos encuentros, su relación con la humanidad es siempre latente y su materialidad da cuenta de ello. Hoy sería difícil hablar de un único vínculo, pero sí se podría hablar de uno que nos incluya, aun cuando no estemos, no tengamos contacto físico con ella. Esta idea tiene sentido considerando que recientemente la actividad humana se perfiló como una de las causas principales de las modificaciones ambientales globales, sugiriendo el comienzo de una época geológica dominada por los seres humanos: el antropoceno. Este concepto marca un cambio fundamental en la relación entre los humanos y la Tierra, pues evidencia la magnitud, variedad y longevidad de la influencia global del ser humano.

Para lo que venimos discutiendo esto es importante, pues es una manera de afirmar que la relación entre la Antártida y la humanidad

está más próxima y fuerte que nunca, y a veces, lamentablemente, de forma negativa. Basta con observar estudios sobre la presencia de microplásticos en los océanos o de metales pesados que afectan de modo indirecto el frágil equilibrio de la cadena alimenticia de los animales antárticos.

Desnaturalizar entonces las visiones que tenemos de la Antártida como lugar intocado y prístino se hace necesario, pues seguir pensándola de esta forma atenúa el impacto real que estamos generando en ella. Al mismo tiempo, entenderla ya no como un espacio objetivo sino como una materialidad con la que nos vinculamos puede ayudarnos a entender nuestra responsabilidad y nuestro impacto, y también a pensar nuevas formas de elaborar esa conexión con ella. De nada sirven estas reflexiones si no las extendemos en pos de generar nuevas formas de vincularnos con el planeta.

No existe una “Antártida estática” porque



esta fue (y continua siendo) transformada a lo largo de los encuentros con la humanidad, su paisaje es una suma de todos ellos. Tampoco existe una humanidad estática, porque ella también es afectada por esas interacciones. Es a esta transformación, a esta forma de afectarnos que debemos estar atentos. Tal vez sea interesante retomar algunas de las reflexiones de Adriana Lestido después de su

viaje accidentado a la Antártida: “Hoy creo que el sentido de la Antártida tiene que ver con la necesidad de pasar a otra cosa, como un lugar de pasaje. Final y principio. Es el fin del mundo y de alguna manera fue ir al final para empezar algo nuevo”. ¿Por qué no aprovechar los vínculos que queremos establecer con la Antártida para repensarnos? ¿Por qué no dejarnos transformar por ese vínculo?

Bibliografía

- Berguño, J. (1993). "Las Shetland del sur. El ciclo lobero", segunda parte. *Boletín antártico chileno*, Chile, vol. 12, n° 1, pp. 5-13.
- Fowler, C. (2003). *The Archaeology of Personhood: An Anthropological Approach*. Londres: Routledge.
- Gallagher, S. y Zahavi, D. (2008). *The Phenomenological Mind*. Londres: Routledge.
- Glasberg, E. (2012). *Antarctica as cultural critique: the gendered politics of scientific exploration and climate change*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Gosden, C. (1999). *Anthropology and Archaeology: a changing relationship*. Londres: Routledge.
- Hissa, S. (2011). *Arqueologia do tempo antártico*. Dissertação apresentada no mestrado em arqueologia histórica, Universidade Federal de Minas Gerais, Belo Horizonte, Brasil.
- Ingold, T. (2000). *The perception of the environment*. Londres: Routledge.
- Jones, A. (2007). *Memory and material culture*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Joyce, R. (2005). "Archaeology of the Body". *Annual Review of Anthropology*, vol. 34, pp. 139-158.
- Leane, E. (2012). *Antarctica in Fiction: Imaginative Narratives of the Far South*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Leone, M. (1984). "Interpreting Ideology in Historical Archaeology: The William Paca Garden in Annapolis, Maryland". Em Miller, D. y Tilley, C. (eds.), *Ideology, Power, and Prehistory*. Cambridge: University Press.
- Martinic, M. (1987). "Navegantes norteamericanos en aguas de Magallanes durante la primera mitad del siglo XIX". *Anales del Instituto de la Patagonia*, Punta Arenas, vol. 17, pp. 5-18.
- Merleau-Ponty, M. (1993 [1945]). *Fenomenología de la percepción*. Buenos Aires: Planeta Agostini.
- Miller, D. (2010). *Stuff*. Cambridge: Polity.
- O Gorman, F. (1963). "The return of the Antarctic fur seal". *New Scientist*, vol. 20 n° 6.
- Pearson, M. (2016). "Charting the sealing islands of the Southern Ocean". *Journal of the Australian and New Zealand Map Society*, 80: 33-56.
- Pellini, J. R. (2018). *Senses, Affects and archaeology. Changing the heart, the mind and the pants*. Cambridge: Cambridge scholars publishing.
- Resende de Assis, L. G. (2019). *A proa pressentida. Tácticas oceanográficas para atravessar a duração e avistar baleias no estreito de Gerlache, península antártica*. Tesis de doctorado. Universidade Federal de Santa Catarina.
- Richards, R. (2003). "New market evidence on the depletion of southern fur seals: 1788-1833". *New Zealand Journal of Zoology*, vol. 30 n° 1, pp. 1-9.
- Salerno, M. A. (2011). *Persona y cuerpo-vestido en la modernidad: Un enfoque arqueológico*. Tesis de doctorado en arqueología. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Salerno, M. A. (2015). "Persona y cuerpo-vestido en la modernidad. Los loberos-balleneros de la industria capitalista del siglo XIX". *Vestigios. Revista Latino-Americana de Arqueología Histórica*, vol. 9, n° 1, pp. 113-153.
- Salerno, M. A. y Zarankin, A. (2014). "En busca de las experiencias perdidas. Arqueología del encuentro entre los loberos y las islas Shetland del Sur (Antártida, siglo XIX)". *Vestigios*, vol. 8, n° 1, pp. 131-157.
- Senatore, M. X. (2020). "Things in Antarctica. An archaeological perspective". *The Polar Journal*, 10:2, pp. 397-419.

- Senatore, M. X. y Zarankin, A. (1999). "Arqueología histórica y expansión capitalista. Prácticas cotidianas y grupos operarios en Península Byers, Isla Livingston, Shetland del Sur". Em Zarankin, A. y Acuto, F. (eds.), *Sed Non Satiata*, pp. 171-188. Buenos Aires: Ed. Tridante.
- Senatore, M. X. y Zarankin, A. (2000). "Hasta el fin del mundo. Arqueología en las islas Shetland del Sur. El caso de Península Byers, Isla Livingston". *Præhistoria*, Buenos Aires, vol. 3, pp. 111-123.
- Senatore, M. X.; Zarankin, A.; Salerno, A. M.; Valladares, I. V. y Cruz, M. J. (2008). Historias bajo cero. Arqueología de las primeras ocupaciones humanas en la Antártida. Em Borrero, L. A. y Franco, N. V. (eds.), *Arqueología del extremo sur del continente americano*. Buenos Aires: Dunken, pp. 251-283.
- Syed, S. (2021). "Laying Antarctica to waste". *The architectural review*, junio.
- Thomas, J. S. (2006). "Phenomenology and material culture". Em Tilley, C.; Keane, W., Küchler, S.; Rowlands M. y Spyer, P. (eds.) (2006). *Handbook of Material Culture*, pp. 43-59. London: Sage.
- Tilley, C. (2004). *The materiality of stone. Explorations in landscape phenomenology*. Nueva York: Berg.
- Zarankin, A. (2014). "A persistência da memória? histórias não-lineares de arqueólogos e foqueiros na antártica". *Revista de Arqueologia (Sociedade de Arqueologia Brasileira)*, vo. 27, pp. 36- 45.
- Zarankin, A. (2015). "Archaeology of a Tear: Delusions in a Tent in a Stormy Day in Antarctica". Em Pellini, J. R.; Zarankin, A. y Salerno, M. A. (eds.) (2015). *Coming to Senses: Topics in Sensory Archaeology*, Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing, pp. 11-20.
- Zarankin, A. y Cruz, M. J. (2017). "Arqueología contaminante: Narrativas y una crítica a la falacia del distanciamiento del arqueólogo y su objeto de estudio en la experiencia antártica". Em Pellini, J. R.; Zarankin, A. y Salerno, M. A. (eds.). *Sentidos indisciplinados. Arqueología, sensorialidad y narrativas alternativas*. Madrid: JAS editora, pp. 345-370.
- Zarankin, A. y Salerno, M. A. (2016). "So Far, So Close. Approaching Experience in the Study of the Encounter Between Sealers and the South Shetland Islands (Antarctica, Nineteenth Century)". Em Peder R., Van der Watt, L. M. y Howkins A. (eds.), *Antarctica and the Humanities*. Londres: Palgrave Macmillan, pp. 79-103.
- Zarankin, A. y Senatore, M. X. (1996). "Ocupación humana en tierras antárticas: una aproximación arqueológica". *Soplando el viento. Arqueología de la Patagonia*, pp. 629-644, Bariloche.
- Zarankin, A. y Senatore, M. X. (2002). *Arqueología da sociedade moderna na America do Sul*. Buenos Aires: Del Tridante.
- Zarankin, A. y Senatore, M. X. (2005). "Archaeology in Antarctica, 19th century capitalism expansion strategies". *Internacional Journal of Historical Archaeology*, Nova York, vol. 9 n° 1, pp. 43-56.
- Zarankin, A. y Senatore, M. X. (2007). *Historias de un pasado en Blanco. Arqueología Histórica Antártica*. Belo Horizonte: Argumentum.
- Zarankin, A. y Senatore, M. X. (2013). "Storytelling, Big Fish e Arqueologia. Repensando o Caso da Antartida". En Morales, W. y Moi, F. (eds.). (2013). *Tempos Ancestrais*. São Paulo: Annablume, pp. 281-301.
- Zarankin, A.; Senatore, M. X. y Salerno, M. A. (2011a). "Tierra de nadie: arqueología, lugar y paisaje en Antártida". *Revista Chilena de antropología*, vol. 24, pp. 147-171.
- Zarankin, A.; Salerno, M. y Howkins, A. (2018). "From Antarctica to New England: Approaching the Memory of Sealing and Sealers". Em Headland, R. (ed.), *The Proceedings of the 2016 Historical Antarctic Sealing Industry Conference, and Related Historical and Geographical Data*. Cambridge: Scott Polar Research Institute.

información



Sigue *Antesis* segunda época!

Estimadas lectoras y estimados lectores, este número de nuestra revista es el producto de un año de trabajo. De nuestra parte ponemos gran esfuerzo y cariño para lograr un trabajo cuidado, de alta calidad. El formato y el diseño de *Antesis* están pensados para eventualmente imprimirla en papel. Por ahora, solo podemos ofrecerles el formato digital en PDF.

Ya tenemos activas la nueva página web y las cuentas de Facebook e Instagram. Asimismo, conservamos todos los números en la plataforma Calameo, para valernos de la simulación de lectura de una revista papel. Sin más que agradecerles por seguirnos y apoyarnos, les dejamos los enlaces correspondientes para que tengan sus propias experiencias virtuales con *Antesis*.

 <https://antesis.com.ar/>

 <https://www.instagram.com/antesisrevista/>

 <https://www.facebook.com/Antesisrevista>

 <https://es.calameo.com/accounts/4331794>